

Llámenme m'ija

Para Silvia Heredia

—Aguacates... Cacahuates... Cerillos... Ciruelas... ¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, güerita? ¿Qué va a llevar?

Esto fue lo que escuché, todo al mismo tiempo, como siempre va: el coro, un oleaje de llamadas tentadoras, de comerciales cantaditos que persiguen a todos los que están de compras para que vean y compren uno o todos los aguacates, cacahuates con su cáscara, cajas de cerillos o ciruelas arregladas esplendorosamente en montones coronados con muestras que exhiben sus adentros. En traducción, el coro rendiría algo más o menos como, “What will it be, hon’? What can I get you, sunshine? Whadda ya need?” Pero realmente, no va así lo que dicen las mujeres en el mercado bien, bien rápido. Más bien va:

—Pásale por acá, güerita, pásale, ¿qué vas a llevar?

—Mira, están bien frescos, los trajeron hoy.

—¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, joven?

—¿Qué va a llevar? ¿Cuántas? Están a dos por tres y éstas a cinco por diez.

Tantos trueques y negoceos ocurriendo a la vez, tantas ofertas y entregas, pedidos y negociaciones y precios que son escalados por el bien de un buen regateo triunfante, aquella costumbre mercantil, famoso baile entre vendedor y cliente en el cual se suben y bajan los precios en un vaivén que deja al final a todos contentos.

Y alrededor de toda la gente y las Marías y los bienes de plástico y demás productos perecederos están los camiones, ruidosos y viejos, aún echándose pedos al andar, así como decía mi primo cuando teníamos siete años. Todavía hacen mucho ruido y es difícil subirse a ellos. Generalmente, los amarillos van al sur y los verdes al norte, pero antes de saber yo esto, a mí simplemente me encantaba repetir en mi cabeza dónde iban las rutas de colores. En silencio me repetía lo que leía en los parabrisas: Jojutla, Zacatepec, Galeana, El Mesquite, Los Pilares, El Jicarero, La Zapata, El Higuerón. Algunos pueblos están cerca, otros lejos; algunos son nombres de lugares que ahora son ciudades, otros son nombres de lugares que aún ni siquiera pueblos son. Pero en este día, con sus nombres garabateados en los cristales los siento a todos muy grandes y cerca, a la punta de mis dedos, así como las nubes que parecen bolas de algodón y juro poder alcanzar cada vez que estiro mis brazos hacia arriba cuando estoy aquí. Pajareo para encontrar algunos nombres favoritos, los que he aprendido a querer, los que me han costado, los que necesitan todo el espacio para ilustrarse bien a lo largo todas las curvas de sus vocablos: Chimalacatlán, Timimilcingo, Tequesquitengo, Xoxocotla, deletreada todita, desde la primera equis hasta la última “te”, “ele”, “a”, todo un vocablo verbal deleitoso.

—¡Rápido, apúrenle, caminen! —zumba detrás de mí, de unas mujeres que van acosando a sus hijos, apresurándolos, arreándolos a avivar el paso—, ¡Van a ver si perdemos el camión!

Oigo el llamado del hombre vendiendo camotes, aquel lema cantadito y clásico de sonoro sostener:

—¡Camoooooteeeeeeeeees! ¡Camoooooteeeeeeeeees! —acompañado por el síbido de su carrito y el vapor remolineando de la olla.

Continúo caminando, repasando mi lista mental mientras voy: hierbas, vela, huevo.

En la esquina, una mujer exhorta atención a una lista de aflicciones, todas curables por el polvo que sostiene en su mano. Doblando la esquina paso las tiendas eléctricas y ferreterías, los pollos rostizados (dando vueltas y vueltas), los puestos de fruta y sombreros, las cremas de belleza de colores pastel, el puesto de flores de la esquina (donde siempre compramos las flores para nuestros muertos), el puesto de pescado (brillante y apestoso) y en frente un puesto de jugos y licuados y una cremería. Por ese rumbo alcanzo a ver otras cremerías, más puestos de frutas y del otro lado: pollos, muertos y desplumados, sus cabezas colgando, sus pejellos amarillo, sus cuerpos engordados e inertes, arreglados como troncos a lo largo del mostrador de mosaico, algunos enteros, algunos descuartizados, algunos destripados, algunas mollejas a la vista; todo será vendido. Viendo abajo, alcanzo a ver perros, sucios y relajados entre sí, andando en pequeñas manadas mientras vagan y escarban, algunos pareciendo tristes y estresados, estirados y al borde, apenas sobreviviendo; otros con pinta de más suertudos, líderes de su manada, de fuerte andar y cola alta mientras desfilan por la muchedumbre del mercado.

Después llego al silencio de las cabezas de marrano sobre los mostradores de piedra de los puestos de carnicería, guardianes de aquella sección que resplandece en rojo y en rosado y distintivamente huele de sangre y matanza fresca. En pasar a comprar mis hierbas tengo que pasar por aquí, no hay manera de escapar toda la carne a la vez: los lomos y las piernas que cuelgan de ganchos, las cadenas de chorizo, los hígados de color vino tinto y oscuro, las patas, las tripas, las salchichas de sangre, los corazones a continuación —tanta carne necesaria para tanta gente este día. Me siento levemente asqueada y alborotada a la vez, entre lo bello y lo bestial, moviéndome entre cosas muertas y deliciosas, encontrando mi camino entre lo cocido y lo crudo.

—Las trajeron hoy, están bien tiernitas, el kilo por diez pesos. ¿Cuántas?

Estoy fascinada por la madurez exquisita de las guayabas y por el precio de una docena por un dólar. Tomo una, apretándola levemente mientras la llevo a mi nariz, así como vi a mi mamá hacer tantas veces en supermercados en Nueva York, como si sospechaba que lo que tenía en su mano era una guayaba realmente. Estos días, ya no sorprende encontrar guayabas o tortillas o inclusive tamarindo, cilantro o mole en el alto Manhattan. De repente me sale una risita al acordarme del nombre mexicano acertadamente dado por mi tía Juanita a esta gran manzana ya tan cambiada: Manhatitlán.

—Están bien dulces, ¿cuántas le damos, señito?

¡¿Señito?! ¡¿Me acaba de decir señito?! ¿Acaso tengo pinta de señora? Me choca cuando me llaman señito. Me choca cuando se refieren a mí formalmente con usted, me hacen sentir como si debiera estar vieja y tejiendo. Por favor, ni títulos ni nombres propios. Mejor refiéransen a mí con nombres más antiguos, nombres de más ingenio, nombres locales que sólo escucho aquí y me llevo conmigo porque me hacen sonreír con sus sonidos y sentirme siempre aquí y alguien diferente. Así que, por favor, más “marchantitas”, más “gueritas” y más “chinitas” también; más de estos nombres que retan toda traducción literal pero que prefiero aún no siendo ni chiquita ni rubia ni de ascendencia china. Estos nombres no me molestan porque escucho sólo dulce inflexión y

familiaridad, siento cada término un abrazo lingüístico, una sutil caricia verbal que me hace sentir que me recuerdan y saben bien quién soy, y que me aceptan como tal. Así que llámenme hasta cielo y cielito, pero por favor dejen fuera todas las señoras y señitos, no pongan generaciones entre nosotros. Pero si algo me deben llamar, llámenme “m’ija”, nunca me ha molestado “m’ija” en el mercado. Más bien, siempre me ha gustado que me llamen “m’ija” las mujeres. Oigo ecos de mi abuelita en este nombrar, siento a mi abuelita mucho más cerca y a mí misma mucho más sólida en saber que con “m’ija” nunca estoy demasiado vieja o sola o enferma, simplemente soy la hija de alguien. Así que con este nuevo coro de “m’ija” en mi cabeza, retacho el resto de señitos y compro mi bolsa de guayabas para el viaje en taxi de regreso a la casa del huesero.

Y como suele regir el ritual personal, después de comprar en el mercado me dirigo a salir por la salida del medio para que así pueda pasar por el viejo puesto de mi abuelita. Paso la línea de juguerías, zapaterías, y más y más puestos de frutas y más y más bolsas de mercado, playeras y hasta piezas de ropa interior que cuelgan como decoración. Doblo donde están las mujeres que venden tortillas de mano, mantenidas calientitas bajo capas y capas de manta y plástico en grandes canastos. Chiquihuites se llaman. Chiquihuites que son cargados sobre las caderas por las mujeres, sobre los hombros por los hombres, y por los pequeños utilizados como cunas mientras duermen o cuando despiertos. Y como suele regir otro ritual personal, paso por los agua fresqueros (la familia del otro lado de la pared de la casa). A diario hacen ellos aguas frescas, jugos de fruta hechos de limones, naranjas, flor de Jamaica, sandía, semillas de melón y arroz y otras cosas más. Me pido un agua de Jamaica, grande, ansiosa por su sabor y frescura, cuidadosa de no mancharme con su tinte rojo como arándanos. Ahora con mi agua fresca en mano, me dirijo hacia el viejo puesto de mi abuelita, marcado por un poste de donde cuelga el tablero que aún dice “Barbacoa Lupita”, debajo la pintura de un borrego blanco, un chivo negro y un humeante plato de consomé.

Paso caminando sin nunca reconocer a los nuevos dueños pero siempre acordándome del tiempo que pasé ahí en el puesto de mi abuelita. Recuerdo ir a comprar tortillas para los clientes, siempre impresionada por los dedos y lo rápido de las mujeres mientras contaban las docenas de círculos de maíz calientes que salían humeando pero sin parecer molestar o quemarlas. También recuerdo cómo me paraba ante la tabla cuando mi abuelita iba al baño, cómo me ponía el mandil y levantaba el cuchillo grande, lista para despachar, para cortar y pesar en la báscula las órdenes. Recuerdo también cómo me encantaba cuando me mandaba traer cambio mi abuelita o a comprar cosas como licuados (¡sin azúcar!) o paletas de frutas y chiles, pero no cualquier chile, tenían que ser rajas rojas y de una marca particular: Herdez. Con monedas en mano caminaba hacia el puesto de semillas y abarrotes, repitiéndome a mí misma una y otra vez, rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez, encantada por el rodar sobre mi lengua, rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez. Cuánto me divertía esto cuando tenía diez años. Pero ahora, qué tan diferente eran mis mantras de palabras, compuestas no por cosas picosas o aliteraciones, sino reemplazadas en vez por los términos fríos y clínicos de enfermedad, autoinmune y crónica. Aún ahora, años más tarde, cómo me causa ardor pronunciar estas palabras.

Y entonces ahí, frente del puesto de mi abuelita, no pude evitar pensar: ¿Cómo va a funcionar todo esto? ¿Cómo es que me va a sanar exactamente? ¿Es que me va a meter los dedos para sanarme? ¿Cómo es que va a recoger mis ovarios, que, según él, se han

caído. ¿Caído? ¡Ovarios caídos ni siquiera son la razón por la cual lo fui a ver en un principio! Pero, ¿acaso será cierto? ¿Podrían estar caídos? ¿Es ésta la razón de tantos años de menstruación irregular? ¿Es ésta la fuente de mis años de búsqueda? ¿Es ésta la fuente de todo? Y con este alboroto de preguntas vino también el recuerdo relámpago de haber escuchado la historia de una mamá que contó cómo su hija al estar brincando cuerda de repente paró y le preguntó con gran preocupación:

—¿Es que voy a estrellar mis huevos?

Y mientras continuó caminando, alejándome lentamente, me pregunto quién soy yo y cómo es que mi cuerpo me ha traicionado y marcado con una máscara que llaman mariposa, cómo es que partes de mí se han caído o estrellado ya. ¿Es que mis ovarios realmente se habían caído? ¿Caídos fuera de qué, desde qué tan alto? ¿Es que los había estrellado levemente, quebrado por completo? ¿Acaso tenía yo un omelet o una tortilla española y yo ni en cuenta? Y, ¿cómo es que un hombre, este huesero, este cojo, me iba a arreglar? Tomé sorbos de agua de Jamaica para refrescar mi imaginar, silenciando los temerosos *no sé, no sé, no sé* que revoleteaban en mis entrañas. ¿Qué puedo hacer?

Me puse mi sombrero antes de salir del mercado y dirigirme a buscar un taxi.